

BERLÍN 7 de Marzo de 1849.

Muy señor mío: Cumpliendo los deseos de Vd., me propongo ir sucesivamente presentando á sus ojos y á su meditación el cuadro general de la situación política de la Prusia.

La Prusia, por su civilización avanzada, por las fuerzas materiales de que dispone, por sus atrevidas concepciones mercantiles, por su creciente prosperidad, y por la fe que tiene y que ha sabido inspirar á los otros en su destino y en su fortuna, tiene hoy día en su mano, hasta cierto punto, la suerte de la Alemania. La demagogia la ha escogido por blanco de sus ataques, persuadida como está de que, derribado por el suelo el trono de Prusia, todos los otros se derriban por sí mismos. El partido monárquico alemán vuelve los ojos á su vez hacia esta monarquía grande y guerrera, símbolo de sus últimas esperanzas, en la borrasca deshecha que los tronos están corriendo en Europa.

La Prusia, como todos los otros pueblos, está dividida en tres grandes parcialidades: la de aquellos que desean una restauración de lo pasado: la de los que desearían para lo presente una libertad constitucional, sabiamente progresiva; la de los que aspiran á derribar el trono, y á sustituirle con una república democrática. Componen la primera parcialidad la alta nobleza, que ni simpatiza ni transige, aquí como en España con las ideas de innovación y de reforma; la gran propiedad, que lo teme todo de la revolución; el ejército, que ni olvida ni perdona sus recientes humillaciones; los descontentos, amigos siempre de las reacciones violentas. Componen la

segunda exclusivamente algunos individuos de las clases acomodadas. La tercera está compuesta de los polacos, prontos siempre á rebelarse y á producir incendios; los judíos, en número de sesenta mil, que aspiran á señalar su emancipación presente con la venganza de sus pasados oprobios; los proletarios, que han trocado, aquí como en Francia, y aquí más que en Francia, el culto de Dios por el de los goces materiales; y los estudiantes y literatos, llenos de ambición y pobres de ingenio, en quienes han producido grandes estragos las doctrinas filosóficas de la escuela hegeliana, causa principalísima del giro radical y desorganizador que del lado acá del Rhin van tomando las revoluciones.

De estos diversos partidos, el segundo es el más débil: el primero el más fuerte hoy día: el último el más osado y el que tiene mayores probabilidades de ser el más fuerte mañana.

Estos diversos partidos tienen sus representantes en las dos Cámaras que van á dar principio á sus deliberaciones: la primera está compuesta exclusivamente de los parciales del principio monárquico y de una libertad bien entendida; la segunda se divide en dos mitades, de las cuales la una es monárquica, mientras que la otra es demagógica. Por lo demás, esta clasificación carece de una exactitud rigurosa.

Así en la primera como en la segunda Cámara, pero señaladamente en la segunda, hay gran número de individuos novicios en el manejo de las cosas públicas, y sin opiniones determinadas y fijas acerca de los problemas sociales: esta parte flotante de la Cámara decidirá definitivamente la victoria; hasta ahora parece inclinarse á favor del Gobierno; pero aquí más que en ninguna otra parte se debe desconfiar de estos primeros síntomas, que después suelen no tardar en desvanecerse. Con este motivo recordaré á V. que la Asamblea Constituyente, que el Rey tuvo á bien disolver, y que en lo anárquica y turbulenta tiene pocas que la igualen, sin que haya ninguna que se la aventaje en la historia, estuvo al principio compuesta, en su mayor parte, de esos hombres honrados,

pero sin firmeza en sus principios, y que se mueven al hilo de los sucesos, los cuales acabaron por engrosar las filas de los más furiosos demagogos.

Este fenómeno tiene una explicación que me parece oportuna y necesaria. El partido moderado en general, y el Gobierno en particular, carecen aquí completamente de todo género de experiencia política. El Gobierno ignora el arte de dirigir y gobernar á una Asamblea: el partido moderado ignora que su primer deber es agruparse alrededor del Gobierno. Todas esas artes, tan necesarias para el buen orden y gobierno de los Estados, son sabidas de los demagogos, los cuales, por haber sido los únicos que hasta ahora se han ocupado de la política en Alemania, son también los únicos que han sabido estudiarlas, y que han logrado aprenderlas: si á esto se añade que ellos son los que hablan con más desenvoltura por ser los únicos que se han ejercitado en las artes de la elocuencia, se persuadirá V., como yo estoy persuadido, de que las probabilidades del triunfo parlamentario en la segunda Cámara están por la demagogia.

A confirmar en mí esta persuasión contribuyen otras varias razones poderosas. El numeroso partido que se niega á transigir con las ideas de reformas políticas y de innovaciones sociales, está como herido de paralización por el Rey, que, esclavo de su palabra, está resuelto á realizar todas las reformas prometidas. La posición de este partido es una de las complicaciones más peligrosas de la situación presente: por lo que tiene de reaccionario, se enajena la voluntad del partido constitucional, que, más temeroso de la reacción que de las innovaciones, se echará en brazos del partido demagógico, con quien más de una vez ha obrado de consuno: por lo que tiene de inactivo, dejará crecer libremente al partido revolucionario, siendo espectador lloroso, pero inmóvil, de sus inevitables crecimientos. Menos reaccionario y más tolerante, podría abrir en Prusia las zanjas de un gobierno constitucional más ó menos duradero, pero hasta cierto punto pacífico y ordenado,

dando la mano á las clases acomodadas, amigas de innovaciones y reformas; menos sujeto por el Rey, más desembarazado y activo, sería poderoso para llevar á cabo una restauración, también más ó menos duradera, pero que por de pronto acabaría con las locas esperanzas de los revolucionarios frenéticos; siendo lo que es, será ocasión ó pretexto de revueltas, sin servir de dique á sus ímpetus, ni de remedio á sus estragos.

Mientras que la actitud y situación presente del partido reaccionario favorecen el triunfo del partido demagógico, éste por su parte comienza á mostrar en su conducta una habilidad consumada; deseoso de atraer hacia sí la parte flotante de la segunda Cámara, ha comenzado á mostrarse benigno, templado y lleno de mansedumbre; sus palabras son palabras de unión, de fraternidad y de olvido. Estas artes, olvidadas por sabidas en los pueblos meridionales de Europa, producen aquí su efecto entre estas gentes honradas pero ignorantes, que para saber lo que han de temer ó lo que pueden esperar de los partidos, no van á preguntárselo á sus principios, sino á ellos, dispuestas á dar entero crédito y fe á lo que afirman de sí propios.

El cuadro que acabo de bosquejar, no sería completo si no manifestase á V. algo de lo mucho que podría decirse acerca de la Constitución otorgada por el Rey, y que va á ser objeto de la revisión de las dos Asambleas legislativas. La nuestra de Cádiz puede pasar á su lado por una Constitución reaccionaria. El otorgamiento espontáneo de esa Constitución ha venido á introducir la confusión y el desorden en los partidos beligerantes. El monárquico no puede dejarla correr sin perderse, y sin perder, en un tiempo más ó menos próximo, á la Monarquía: y no puede reformarla en buen sentido sin ponerse en tan falsa como peligrosa posición de pasar por más realista que el Rey: el partido demagógico, aceptándola como se acepta una victoria, no se siente por eso desarmado, y combatirá enérgicamente al Gobierno, por la extensión de prerrogativa y la usurpación de potestad que supone el otorgamiento.

La Prusia está condenada, por un tiempo indefinido, á ven-

tilar las cuestiones constitucionales abstractas, estériles para todo, y sólo fecundas en incendios y en discordias. Las cuestiones de soberanía se ventilarán en los periódicos, en las Asambleas, en las calles; y cuando, postrados de cansancio, se retiren del campo los combatientes, la Prusia atónita mirará alrededor de sí, y verá con asombro su administración desquiciada, su hacienda comprometida, su ejército desmoralizado, y menguada la influencia que ha ejercido en los negocios europeos como Potencia de primer orden.

Antes de poner término á esta carta, diré lo que pue baste para evitar que V. no se deje extraviar por falsas analogías, á falta en mí de previas explicaciones.

En nuestra España se han realizado en esta última década acontecimientos semejantes á los que comienzan á realizarse en la Prusia. Nosotros hemos tenido también un partido francamente reaccionario, un partido constitucional, y un partido democrático: nuestro partido constitucional ha sido, como el prusiano, inexperto, y como el prusiano, cobarde: y á pesar de eso, y á pesar de todo, las cosas, por una gravitación espontánea, han puesto en sus manos el poder, y hoy gobierna con gloria suya y con provecho de la nación española ¹. Y sin embargo, entre la situación de la Prusia y la de nuestra España años atrás, á vuelta de algunas semejanzas, hay una notabilísima diferencia que pone entre las dos naciones una distancia inconmensurable.

La cuestión planteada en España años atrás consistía en averiguar y en decidir si la Monarquía Española había de ser mesocrática ó democrática, si había de buscar su punto de resistencia y de apoyo en las clases medias ó en las muchedumbres ²; ó de otra manera: si había de ser robusta y poderosa, ó flaca é impotente. La cuestión que se ventila en Prusia, es otra: aquí se trata entre los partidos de averiguar y de deci-

¹ Sin duda no hablaba aquí nuestro Donoso en sentido absoluto y propio.

² Más honda era y continúa siendo la tal cuestión, cuya profundidad nadie podía sondear mejor que el insigne autor del *Ensayo sobre el catolicismo y el liberalismo*.
(NOTAS DE ESTA EDICIÓN.)

dir si ha de haber ó no ha de haber una Monarquía. La cuestión viene aquí planteada desde el principio por los partidos y por los acontecimientos de esta manera radical, tremenda y angustiosa. Los estragos causados en España por el partido progresista han podido remediarse más tarde: el triunfo del partido revolucionario en Prusia traería forzosamente las cosas á aquel punto supremo y culminante en el que no hay ni remedio ni esperanza.

Sin darse cuenta á sí propios de todas estas razones, todos aquí están acometidos de aquella vaga inquietud, de aquella inexplicable tristeza, de aquellos misteriosos terrores y de aquella honda desconfianza, que son casi siempre síntomas ciertos de que la sociedad se siente acometida, en lo más hondo de su organismo, de una enfermedad profunda y peligrosa. Entre todas las tristezas la más melancólica, si me es permitido expresarme así, es la del Rey. Los que le han visto años atrás y le ven ahora, afirman que ha ido decayendo de día en día de una manera rápida y sorprendente.

Tal es la situación de la Prusia; su gravedad es notoria, y una catástrofe, probable; el peligro, sin embargo, no me parece inminente, gracias á un ejército que es el más leal y el más disciplinado de Europa. Con un hombre de vigor y de energía al frente de los negocios, ese ejército bastaría por sí sólo para mudar el semblante de las cosas públicas: sin ese hombre, el ejército no será poderoso para evitar la catástrofe definitiva; pero lo es, sin ningún género de duda, para detenerla algún tiempo. No es esto todo lo que sería de desear; pero es mucho.

Resumiendo mi opinión en breves palabras, diré: que creo que no es probable una próxima insurrección: que si, contra todas las probabilidades, estallara, sería prontamente reprimida: que, esto no obstante, los principios demagógicos, y todas las causas morales de destrucción y de muerte, irán ganando terreno: y que en definitiva, y en un tiempo dado, si no llegan á modificarse de una manera improbable é imprevista, será suya la victoria.